

y tantos otros, que á sus prendas personales, de la mayor estima, reunian el genio, las virtudes cívicas y el puritanismo propios de su raza.

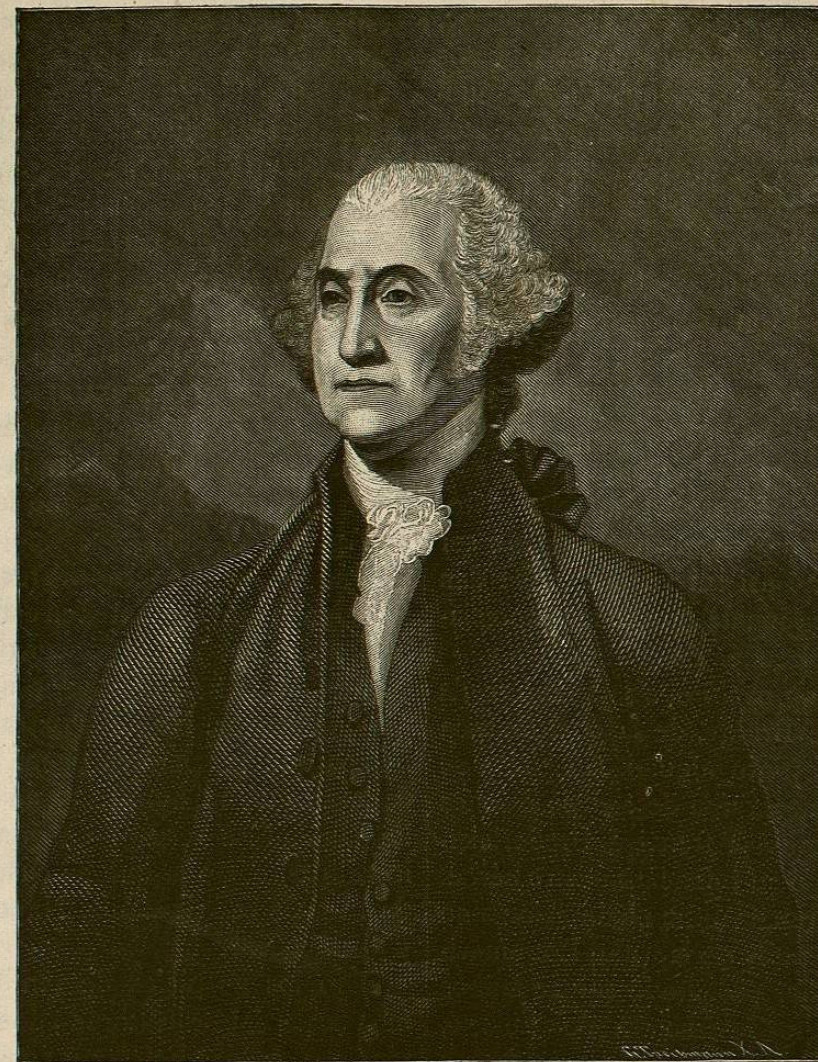
*
**

Dar á conocer á estos grandes hombres, que han regido los destinos de esa gran República que alza su poderosa frente más allá del Atlántico, y que llegada apenas á su pubertad consigne sobreponerse á los progresos de la moderna Europa y logre eclipsar las glorias de la

antigua Atenas, de Roma y de Cartago, es el resúmen de nuestros propósitos.

Viva encarnacion de las aspiraciones de un pueblo que por tan grandes medios tiende á la mayor preponderancia, bien pueden servir de modelo á los que encumbrados á los primeros puestos del Estado, tengan el sagrado deber de hacer la felicidad de la patria.

Fuera la más apreciable y valiosa recompensa que pudiéramos obtener por nuestro árduo trabajo.



JORGE WASHINGTON

(Copia del retrato hecho en 1795 por Gilberto Carlos Stuart, y que se conserva en el Ateneo de Boston)

I

LA primera figura que se nos presenta al fijar la vista en los Estados-Unidos, es la figura colosal, titánica de Washington.

En la alta esfera en que le cupo la gloria de representar el papel que le estaba destinado, se destaca entre todas las celebridades de las antiguas y modernas épocas como roble secular entre multitud de árboles que le circundan. Comparado con los Pericles y los Césares, los Fabios y los Curcios, deslumbran los rayos de su brillantez. Los americanos lo veneran, los hijos de las demás naciones lo admiran, el mundo entero consagra con asombro su memoria.

En las apuradas circunstancias que acabamos de reseñar someramente, la América tuvo la dicha de encontrar en su seno un hombre que, dotado de una prudencia igual á su valor, supiese reunir todos los elementos esparcidos de la resistencia, y dar á los esfuerzos de los ame-

ricanos lo que sobre todo les faltaba, la unidad, sin la cual fuera imposible su atrevida empresa.

Ningun otro supo mostrar todo lo que la grandeza del alma añade al brillo del talento; ningun otro supo realizar con mayor sencillez mayores hechos; ningun otro supo imprimir más profundamente el curso á los acontecimientos.

En Washington puede decirse que se resume la revolucion de América. Su biografía contiene casi la historia de veinte años de los Estados-Unidos.

Poco ménos de un siglo ántes de que naciera el que habia de tener la inestimable honra de ser considerado como padre de la patria, dos hijos de una noble y honrada familia de Inglaterra, Juan y Andrés Washington, emigraron á Virginia y fueron á establecerse en el condado de Westmoreland, entre los rios Potomac y Rappahannock.

El nieto de Juan Washington, llamado Agustín, nacido en 1694, heredó las tierras de la

familia, situadas en Bridges, cerca del Potomác. Agustín Washington casó dos veces y tuvo dos hijos llamados Laurencio y Agustín, que quedaron huérfanos de madre el año 1728. Dos años más tarde casó en terceras nupcias con una jóven de renombrada hermosura, llamada María Ball, de cuya union nacieron seis hijos, cuatro varones y dos hembras. El mayor de estos varones era Jorge, el ilustre personaje que nos ocupa.

La de Washington era una antigua familia nobiliaria y de reconocida honradez, como poco ántes indicamos, cuya última circunstancia le hizo observar á uno de sus más notables historiadores (1): «El rango hereditario puede ser una ilusion, pero no así las virtudes, que dan un título de nobleza innata mucho más apreciable que todos los blasones de la heráldica.»

Jorge Washington nació el 22 de febrero de 1732 en la casa de Bridge, de la cual morada no se conserva vestigio alguno. Su padre se trasladó poco despues á una de sus posesiones del condado de Stafford, frente á Fredericksburg, en donde pasó su infancia nuestro héroe. Tampoco quedan de esta última habitacion sino unos pobres fragmentos de ladrillo. Los americanos debieran haber procurado salvar ambos edificios de la mano destructora del tiempo, para perpetuar en ellos las venturosas fechas en que el salvador de sus libertades abriera sus ojos á la luz del día y trascurrieran los primeros años de su existencia.

Laurencio, el hermano mayor de Jorge, fué enviado por su padre á Inglaterra, y disfrutó de privilegios que no pudieron alcanzar los demás hijos de Agustín Washington. Jorge sólo recibió la instruccion propia de la educacion inglesa, y no aprendió sino el idioma natal.

Cuando éste contaba ocho años volvió Laurencio de la Gran Bretaña hecho un cumplido caballero, y despertóse en los dos hermanos el entrañable cariño que, segun cuentan, se profesaron toda su vida.

El 12 de abril de 1743 bajó al sepulcro Agustín Washington, despues de una corta enfermedad, rebotando aún de vigor y de vida. Hombre de intachable conducta, y que merecia gran reputacion entre sus conciudadanos y cuantos con él tuvieron relaciones, fué muy sentida su muerte y produjo el mayor desconsuelo en la familia, que tanto necesitaba de sus desvelos y paternal cariño.

(1) Irving, *Vida de Washington*, tom. 1, pág. 18.

María Ball, madre de Jorge, mujer de gran energía y muy buen criterio, hubo de encargarse del gobierno de la casa y administrar los bienes que su difunto esposo dejara á sus hijos. No tardó en probar que era digna del sagrado cargo que se la confiara; y, con su buen sentido, su decision de carácter, su estricta, aunque no severa, disciplina y sus constantes afanes por educar cumplidamente á los que eran el más tierno pedazo de su alma, consiguió merecer el aplauso de los extraños y el mayor respeto, á la par que el afecto más entrañable, de toda su familia. Otra fuera la sociedad si hubiese muchas madres como la virtuosa viuda de Agustín Washington.

Uno de los primeros historiadores, á quien principalmente seguimos en este trabajo (2), hace constar que María procuró formar á su hijo Jorge para la futura posicion que más tarde tenia que ocupar. No debe extrañarnos, pues sabemos que las madres tienen intuiciones verdaderamente milagrosas, y en la historia de la humanidad se registran algunas que parecen increíbles, como la que se cuenta de la madre de Pico de la Mirándola, Napoleon Bonaparte y otros varios.

Bajo los auspicios de tan buena madre, y más tarde del protectorado de su hermano Laurencio y de lord Fairfax y familia, deslizaronse los primeros años de Jorge Washington.

Poco á poco fué desarrollándose en él la afición á la milicia, y, apénas hubo cumplido los catorce años, concediósele el nombramiento de guardia marina. Mas cuando ya tenia su equipaje á bordo de un buque de guerra, su buena madre, anegada en llanto, mostróse poseida del mayor desconsuelo, y el obediente y amante hijo se apresuró á renunciar á los propósitos de buscar en la Armada su anhelada gloria. «¡Cuán grande diferencia hubiera habido si le hubiesen dejado seguir su infantil inclinacion!» —exclama con tal motivo un ilustre historiador (3). Sin duda hubiesen tomado otro giro los actos de su vida, y tal vez no hubiera podido ser tan útil á su patria y cubrirse de tanta gloria.

Al volver á la escuela emprendió con afán el estudio de todas las materias que son indispensables tanto para la carrera militar como para la civil, consagrándose principalmente á las matemáticas.

(2) J. A. Spencer, *Hist. de los Estados-Unidos*, tom. I, pág. 114. —Edición Montaner y Simon, en Barcelona.

(3) Spencer, *Hist. de los Estados-Unidos*, tom. I, pág. 224.

Desde el primer día mostróse en él la mayor aplicacion y perseverancia, pudiendo notarse constantemente en sus hábitos el orden y buen método que le distinguió toda su vida. Nunca le faltaba tiempo suficiente para todo, procurando siempre sobresalir en lo posible, y, con su buen arreglo y su exactitud, vencía cuantas dificultades se le presentaban. Era uno de esos genios que revelan desde un principio que han nacido para servir de guía á los demás y ejercer sobre ellos cierta honrosa preeminencia. Sus condiscípulos recurrían á él siempre que se suscitaba alguna cuestion, y pronto quedaba dirimida la contienda. Con su franqueza, su muy probada integridad y buen carácter, consiguió adquirir un ascendiente que nadie trató de disputarle. Era activo, enérgico, ardiente, apasionado, tenia gran afición á los ejercicios de agilidad y de fuerza; lo mismo sabia mandar que obedecer, y reunía, en fin, todas las cualidades necesarias para dominar á sus compañeros, dejando con esto comprender á qué altura podría llegar algun día en su carrera.

Cuando salió de la escuela continuó estudiando las matemáticas, dedicándose particularmente á la trigonometría; examinó con escrupulosidad y vivo interés las obras de táctica y cuantas se referían á operaciones militares; se amaestró en el manejo de las armas, y, buscando siempre la compañía de oficiales que habian servido en las últimas guerras, alimentaba la llama de su ambicion y su ardiente anhelo de adquirir gloria en belicosas empresas.

Pero no le era posible vivir contento si no se ocupaba en algo, y por lo mismo decidió dedicarse en otro país á ciertos trabajos que, aunque bastante arduos, no dejaban de ser muy útiles y provechosos. Como no le faltaban los necesarios conocimientos y la práctica de un consumado agrimensor, lord Fairfax le encargó de levantar el plano y determinar los límites de sus posesiones, especialmente más allá de Blue Ridge, con el objeto de ver si podría expulsar á los indios intrusos que iban estableciéndose en sus tierras y dejar espacio para otros más dignos de colonizar aquellas fértiles regiones.

En marzo de 1748, cuando acababa de cumplir diez y seis años, salió Washington con lord Fairfax, provisto de los indispensables instrumentos para medir los vastos desiertos que iban á recorrer. Era precisamente la clase de trabajo que más se adaptaba á sus gustos y á su carácter, y el jóven se avezó muy pronto á trepar por los precipicios, á atravesar los rios á caba-

llo, á dormir por la noche sobre la dura tierra, á guisar su propia comida, á identificarse con el peligro que ofrece el encuentro de las fieras en medio de los bosques y las selvas, á ejercitarse, en fin, en las fatigas y trabajos que debían desarrollar su vigorosa naturaleza. Supo cumplir con su cometido tan satisfactoriamente, que se le confirió luégo el cargo de agrimensor público, el cual desempeñó por espacio de tres años con gran contentamiento de todos los que tuvieron que recurrir á sus servicios. La gran confianza que llegó á merecer valióle el que se le destinara á desempeñar muy pronto más elevadas funciones, á la temprana edad de diez y nueve años, nombrándole al efecto comandante de uno de los distritos militares en que estaba dividida la Virginia.

El puesto que se le confirió era de la mayor importancia á consecuencia de la próxima lucha que se temía iban á promover los franceses en el Ohío, y se le nombró Mayor (1) con 150 libras anuales de paga. Siendo sus obligaciones atender á la organizacion y equipo de la milicia, excusado es decir que Washington se consagró con toda su energía y actividad al mejor desempeño de sus nuevas funciones.

Miéntas tanto la salud de Laurencio, que siempre habia sido delicada, llegó á un estado crítico, y Jorge acompañó á su hermano en un viaje que hizo á la Barbada para ver si encontraba algun alivio. Los dos jóvenes pusieronse en camino el día 28 de setiembre de 1751, y como al pronto parecia que Laurencio se mejoraba, Jorge regresó á principios de 1752 para buscar á la esposa de su hermano.

No obstante, este segundo viaje no se llevó á cabo, porque Laurencio Washington se empeoró, y volvióse apresuradamente á su casa, donde espiró al siguiente día de su llegada. Su muerte, acaecida en 26 de julio de 1752, á la temprana edad de treinta y cuatro años, impuso á Jorge nuevos y delicados deberes; pues tué nombrado albacea de su hermano, debiendo heredar, en el caso de morir su sobrina, el vasto territorio de Monte Vernon. Inútil es decir que en esto como en todo lo demás procedió con la mayor integridad y conciencia.

Hay que notarse, pues, que sin haber traspasado el período de la juventud, Jorge Washington se hizo ya notable; sólo faltaba que se ofreciera ocasion oportuna para saber de lo que era capaz colocado en posicion más eleva-

(1) Oficial con carácter de jefe, ó sea comandante.